

HEBRAICA VERITAS

Javier Alcoriza

Catedrático de Lengua Castellana y Literatura del IES Tavernes Blanques

javier.alcoriza@uv.es

Historia de la literatura hebrea y judía, dirigida por Guadalupe Seijas
Editorial Trotta, Madrid, 2014, 974 pp. ISBN 978-84-9879-557-8

«Las mentes de nuestros antepasados eran tan anchas como la entrada al Templo; la de las últimas generaciones tan anchas como la entrada a la cámara interior; y las nuestras son como el ojo de una fina aguja» (R. Jonanán, Erub 53a).

Cuando los investigadores se dan cita en un libro para poner al día sus conocimientos y brindar una perspectiva con la que profundizar en ellos, hay que prestarles atención. El conocimiento, en su forma mejorada, no puede ser fruto de una sola mente. Tal como afirmaba Peirce, la comunidad de científicos es la sede ideal para el progreso del saber. Aquí tenemos un libro que ha nacido de la experiencia docente y ha concluido por reunir aportaciones que, al fin, tienen el denominador común de la literatura hebrea y judía. Entre nosotros, el público de habla hispana, ha sido este un terreno descuidado, por no decir abandonado. La *Historia de la literatura hebrea y judía* dirigida por Guadalupe Seijas consta de 38 textos, precedidos por una introducción y seguidos por un glosario, una amplia bibliografía y varios índices. Los ocho primeros ensayos tratan sobre las partes, versiones y canon de la Biblia hebrea; del ensayo 9 al 15 —así como, con un enfoque diferente, el 23 y el 24—, de la literatura rabínica (la Misná, la Tosefta, el Talmud, los midrasim, el Targum y el piyyut); del 15 al 19, de literatura judeoárabe e hispanohebrea en sus diversos géneros; del 20 al 26, de temas transversales como la lengua, la filosofía, la ciencia, la literatura apologética y la cábala y mística; el 27, del judaísmo europeo medieval; del 28 al 36, de literatura y corrientes espirituales judías modernas y contemporáneas, desde el jasidismo hasta el postsionismo; y los dos últimos, 37 y 38, están dedicados, respectivamente, a la literatura sefardí y a la literatura en yídis. La literatura hebrea y judía es mucho más que la Biblia, un libro que, como advierte la directora de la *Historia*, no nos resulta desconocido (p. 25). Sin embargo, se trata de una literatura que nos resulta también «en gran medida desconocida» (p. 12). Este volumen ha de intentar responder a esa aparente contradicción. Como los mejores maestros, debería apoyarse en lo que creemos saber para ilustrarnos sobre lo que desconocemos. Si es cierto que lo contrario del saber no es la ignorancia, sino la locura, estas páginas vienen a dar lecciones de sensatez a quienes no han reparado en el extraordinario «tesoro» que son las letras hebreas, y no solo la Biblia. Así, los estudios bíblicos quieren subrayar de entrada el mérito de la Biblia hebrea como obra literaria, más allá de su consideración como texto sagrado. El crítico Harold Bloom ya nos advirtió famosamente de que las tradiciones normativas se han apropiado de grandes obras literarias. No dejará de ser un desafío intelectual aproximarnos a la Biblia hebrea —el más accesible de los «tesoros» aquí

excavados— como una obra extraordinaria de la imaginación literaria, al margen de la apreciación interna al pueblo judío, que ha convertido la lectura y comentario de su revelación (oral y escrita) en el eje de su identidad con vistas a justificar la elección divina. Leer la Biblia hebrea como literatura, así como estudiarla según métodos y enfoques de la crítica contemporánea, tendría que poner esta historia en pie de igualdad con otras tradiciones literarias. La tarea, sin embargo, puede despertar un interés añadido desde el punto de vista filológico. ¿Cómo dar cuenta apropiada, por ejemplo, de una obra como la Septuaginta, cuando la crítica textual descubre una fuente hebrea para la traducción griega más antigua que la del texto correspondiente al canon hebreo? ¿No es este un caso que muestra la fertilidad cruzada de las transmisiones literarias y religiosas? La Septuaginta sería, por cierto, la fuente usada para escribir el Nuevo Testamento, un episodio de «ansiedad de la influencia» a gran escala que cambiará la faz espiritual de «nuestra civilización». Esta *Historia* descubre, además, toda una corriente de literatura rabínica que, más allá de responder a la comprensión que ha tenido de sí mismo el judaísmo desde el periodo posterior a la destrucción del Segundo Templo, presenta instrumentos y líneas de interpretación que aumentan asombrosamente el supuesto caudal único de la literatura hebrea. Una y otra vez, la diversidad del estudio nos pone frente al hecho de que hay aquí un «tesoro de libros» con los que podemos corregir una estrecha concepción de lo literario, hasta incluir contribuciones de índole legal, científica, filosófica o apologética. Como es sabido, la unidad fundamental de toda la historia de la literatura hebrea y judía es religiosa antes que literaria, lo que puede hacernos pensar si no sería igualmente necesario, dentro del ámbito cristiano o islámico, un diseño confesional de similar envergadura. Pero nadie considera que Dante encajaría mejor *ahí* que en la historia de la literatura italiana, o que Shakespeare en la inglesa, lo que viene a enfatizar el carácter peculiar de esta historia, que tampoco ha de limitarse a una sola lengua, ya que incluye obras compuestas en arameo, judeoárabe o yidis. El conocimiento pone así orden en la historia, aun cuando la memoria viva alcance a darse a sí misma —en el caso del pueblo judío— un orden superior. Capítulo aparte merecerá, en consecuencia, el estudio de los filósofos judíos situados en el corazón mismo de esa doble exigencia que conceptualmente designamos con el binomio de helenismo y hebraísmo, o Atenas y Jerusalén, o especulación y revelación. ¿Y no será tan «judío» como Maimónides, aun escribiendo en ruso a principios del siglo XX, el postulador de la «filosofía religiosa», Lev Chestov? «La filosofía religiosa no es una búsqueda de la estructura y orden eterno del ser inmutable; no es una reflexión (*Besinnung*); no es una comprensión de la diferencia entre el bien y el mal, una comprensión que promete falsamente la paz a una humanidad exhausta. La filosofía religiosa es un desvío del conocimiento y un sobreponerse por la fe, en una infinita tensión de todas sus fuerzas, al falso temor de la voluntad ilimitada del Creador, ese temor que el tentador sugirió a Adán y que nos ha transmitido a todos». Ese propósito de reactivar la fe como potencia de la naturaleza humana frente al conocimiento que ha esclavizado al hombre podría ofrecer, en el panorama intelectual posterior a la Haskalá (la Ilustración judía), una visión de la deriva intelectual en Europa no menos iluminadora que la postergación del estudio de los filósofos medievales de cuño judeoárabe. En todo caso, las palabras de Chestov apuntan a esa piedra de toque sobre la tensión entre fe y razón que los estudiantes de literatura y filosofía pueden aprovechar al manejar este estudio, sin perder de vista, por tanto, que la singularidad de su materia incide en la forma misma de leer e interpretar los libros que habitualmente llegan a sus manos. Más allá de la satisfacción

por ver reunidas tantas investigaciones sobre una literatura que resulta, con todo, más desconocida que conocida entre nosotros, no dejará de ser oportuna la receta de Matthew Arnold para rectificar nuestras frecuentes *misreadings*: «Entender que el lenguaje de la Biblia es fluido, pasajero y literario, no rígido, fijo y científico, es el primer paso hacia una comprensión correcta de la Biblia. Pero, para dar este primer paso, son necesarios cierta experiencia de cómo han pensado y se han expresado los hombres y cierta flexibilidad de espíritu... y así volvemos a nuestro antiguo remedio de la *cultura*». El reto que todo estudio histórico plantea es el problema imaginativo de entender a sus maestros —y los de la *hebraica veritas* forman la más noble «cadena de tradición» de nuestra civilización— tan bien como se entendían a sí mismos; y esa pretendida igualdad —nuestro antiguo remedio de la *cultura*— sigue siendo la manera idónea de superar la desigualdad natural que gobierna las memorables escenas de instrucción (literaria y religiosa) que nos proporciona la materia de este libro.